

# La industria humanitaria y el supracolonialismo en los Balkanes\*

**MARIELLA PANDOLFI**

MARIELLA PANDOLFI  
Antropóloga,  
profesora  
Universidad de  
Montreal.

En Albania, entre abril y julio de 1999, la AFOR (Fuerza de la OTAN en Albania) contaba con 19 nacionalidades en sus filas; más de 7.000 soldados; cuatro grupos de observadores –incluyendo dos miembros de la Organización para la Cooperación y Seguridad en Europa (OCSE)<sup>(1)</sup>– y una docena de participantes de las misiones especiales de gobiernos occidentales. Durante el conflicto de Kosovo, en Albania estuvieron presentes 180 ONG. Un año

después del conflicto, el resultado en Kosovo era: 40.000 soldados de la KFOR (Fuerza de la OTAN en Kosovo), 20.000 civiles de la Unmik (Misión de las Naciones Unidas para Kosovo) y las ONG internacionales; había llegado una red transnacional, asumido el control y segmentado la población, construido la lógica de victimización, desarrollado estrategias para la injerencia y la patologización de un territorio a nombre de los

---

(<sup>1</sup>) Traducción del inglés de María Mercedes Moreno.

(<sup>2</sup>) Se reunió por primera vez en Praga en 1990 pero fue fundada oficialmente en 1995 bajo la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE). Esta última fue fundada en 1990 por la Carta de París para una Nueva Europa y está compuesta por 51 países entre los cuales figuran todas las naciones de la antigua Unión Soviética, los Estados Unidos y Canadá.

derechos humanos universales. Había, asimismo, establecido un lapso de tiempo para el luto y definido las formas legítimas e ilegítimas de venganza. En breve, había esencializado hasta el exotismo la complejidad de la región de los Balkanes.

A partir de Bosnia, la industria humanitaria ha construido su propia legitimidad de injerencia, militar incluso. Sin embargo, Bosnia no fue la primera vez. Cuando en 1992 Somalia pasó por la *Operation Restore Hope* (Operación de Restauración de la Esperanza), estuvieron presente 40 ONG internacionales. Su implantación en Ruanda en noviembre de 1993 es otro antecedente de este tipo de movilización<sup>2</sup>. En los Balkanes de la era pos comunista –una región descrita en la jerga de los estudios estratégicos de Bruselas y Washington como de transición bajo las limitaciones impuestas por el pacto de estabilidad–, las ideologías de interferencia humanitaria, y la injerencia en sí, se han vuelto sinónimos. En esta región, la compleja red de injerencia humanitaria se asemeja a una telaraña cuya magnitud hace difícil percibir la identidad o la ubicación de la araña. En estos territorios –frágiles a nivel social y altamente receptivos a la retórica y prácticas occidentales– la industria humanitaria es abultada y sus estrategias, con frecuencia, confusas. Pese a todo sus rígidos aparatos burocráticos colonizan un espacio político y social relevante. Penetra los Estados débiles promulgando una visión unilateral del progreso. Con frecuencia lleva a cabo operaciones quirúrgicas al crear zonas de amortiguamiento (*buffer zones*), que dividen la sociedad local entre los involucrados a varios niveles con su injerencia, y el resto, al margen de la ideología y la práctica del desarrollo.

A menudo esta presencia altera las relaciones de poder previamente existen-

tes propiciando el surgimiento de nuevos grupos locales de presión y remplazando el poder de las estructuras tradicionales por una flexible red social e informativa internacional. Esto es posible gracias a la lógica implícita y al derecho a la interferencia. Desde este punto de vista, en la sesión de 1991 de la Academia Real de Marruecos surgió una pregunta: “¿El derecho a la interferencia es una legitimación de la colonización?”, perfilando con claridad una perspectiva crítica. La acción humanitaria, sea no-gubernamental o patrocinada por las autoridades locales, nacionales o internacionales, es un negocio arriesgado.

### LA ANTROPOLOGÍA DEL HUMANITARISMO

Desde el fin del colonialismo, muchos de los territorios visitados por los antropólogos también han sido testigos de masivas operaciones humanitarias de mantenimiento de paz. Sin embargo este ejército de voluntarios, expertos internacionales, colaboradores locales y soldados no ha sido ni remotamente tenido en cuenta. Como si su presencia no impactase los ecosistemas reificados por los trabajos etnográficos.

¿Por qué no se ha considerado esta presencia como un elemento de juicio clave para la interpretación antropológica en el contexto del Nuevo Orden Mundial? ¿Por qué, sólo hasta ahora, comenzamos a notar en África y Asia los rasgos titubeantes de un abultado y engorroso objeto sorprendentemente móvil, capaz de penetrar fácilmente un territorio extranjero con su paquete estandarizado de organización, libertad, derechos humanos y paz?

El instituir la industria humanitaria como trabajo de campo suscita dos consideraciones importantes: marginalidad y políticas de colaboración. Mientras desde hace más de una década los politólogos y expertos en derecho internacional se in-

<sup>(2)</sup> Andrew, Natsios. *The politics of Global Governance, International Organization in an Interdependent World*. Editado por P. F. Diehl, Lynne Rienner Publisher, 1997, pp. 287-305. Las ONG más importantes eran CARE, los Servicios Católicos de Alivio; World Vision; y Salvemos a los Niños.

<sup>(3)</sup> En una entrevista reciente, el general Clark, comandante en jefe de la OTAN durante la guerra en Kosovo, enfatizó que la legitimidad de todo ataque aéreo tenía que ser evaluada de antemano por un cuerpo internacional de expertos legales.

terrogan sobre los límites y la legitimidad de las intervenciones humanitarias<sup>3</sup>, los antropólogos se han mantenido al margen de la arena técnica de las operaciones humanitarias. Esta marginalidad es el precio a pagar para tener acceso a ellas.

El trabajo de campo antropológico en las zonas humanitarias también genera problemáticas espinosas que se pueden resumir en la expresión "políticas de colaboración". Hasta la fecha, los antropólogos no han estudiado el impacto sobre la sociedad local de la presencia civil y militar, desperdiciando así una oportunidad de percepción crítica crucial. Asimismo, el papel de colaboración que con frecuencia desempeñan los lleva a involucrarse directamente en la industria humanitaria en calidad de trabajadores voluntarios o expertos, oficiales encargados o directores de proyecto. Tal profesionalización dificulta su visión crítica. Los antropólogos se ven entre la espada y la pared: frente a un sufrimiento humano real es difícil no intervenir y mantener una posición crítica y distanciada. Surge entonces la tentación de tratar a la industria humanitaria de manera similar a como nuestros antepasados trataban a sus pueblos aislados, como vestigios de una solidaridad precapitalista pura. Sin embargo, las zonas de guerra no son lugares para las utopías y un trabajo antropológico crítico por lo menos tiene el potencial de atestiguar una vez apagados los reflectores de los medios de comunicación.

Es urgente que la antropología enfoque de manera crítica un objeto que se aleja radicalmente del clásico compromiso de la disciplina focalizado con una localidad y del grupo social residencial con el mismo idioma y cultura. Sería un lugar común afirmar que éste es el efecto primario de la globalización<sup>4</sup>.

## EL HUMANITARISMO COMO GOBERNABILIDAD

La injerencia humanitaria no es preventiva, requiere de un acontecimiento. La tecnología humanitaria entra a actuar a partir de los hechos: una vez constituida una *epoché* de la acción. Sólo cuando la temporalidad catastrófica, bárbara (genocidio, violaciones, violencia, guerras y epidemias) llega a ser, entonces se vuelve legítima la injerencia. Luego la acción y los testimonios se dan simultáneamente; llega el aparato humanitario, con sus tecnologías y estrategias<sup>5</sup>. Comienza a llenar los espacios, transmitiendo estilos de vida, moldeando nuevas relaciones de poder, nuevas estrategias y redes. En el proceso conforma una nueva élite paralela a la local bajo la categoría de "personal local"<sup>6</sup>: aquellos quienes trabajan con las organizaciones internacionales. La diseminación de las organizaciones internacionales se lleva a cabo por medio de imágenes que generan una legitimación casi instantánea, ayer a nivel de los gobiernos locales, hoy a nivel mundial. De tal manera, la esfera política, actuando en el trasfondo de este ejército neutral con la ayuda de una semiótica visual (fotos y televisión) y con la retórica de las *pietas* (discurso oficial), construye su propio mercado.

La investigación etnográfica sugiere que estas formaciones transnacionales imponen instituciones y nociones de ciudadanía foráneas en territorios en los cuales el Estado, o bien se ha visto erosionado y destruido, o nunca ha echado raíces. Aunque las implicaciones aún no han sido claramente discernidas, sabemos que a nivel local movilizan comunidades transnacionales de expertos y un poder coercitivo con la capacidad de desarraigar las redes de influencia y distribución preexistentes, configurando nuevas alian-

(4) La noción de Appadurai de las cinco dimensiones (*scapes*) o flujos culturales de la globalización es un punto de partida para definir los cuestionamientos etnográficos suscitados por la globalización. Appadurai, Arjun. *Modernity at Large - Cultural Dimensions of Globalization*. Minnesota: Minnesota University Press, 1996.

(5) Chomsky, Noam. *The New Military Humanism. Lessons from Kosovo*. Vancouver: New Star Books, 1999.

(6) Lafontaine, Annie, estudiante de PhD bajo mi dirección, sugiere la categoría de "personal local" en su trabajo.

zas y desdibujando de paso las estrategias de legitimación y autoridad. A partir de la noción de soberanía móvil de Appadurai<sup>7</sup>, podemos definir estas formaciones transnacionales como soberanías migratorias que sirven para enlazar las formas transnacionales de dominación con las prácticas locales. La intrincada red del complejo político económico militar humanitario que se superpone como soberanía migratoria a la sociedad albanesa, no concibe ningún tipo de estrategia de negociación con los actores políticos, sociales e institucionales locales. En este contexto, ¿bajo qué condiciones pueden proseguir alguna forma de negociación los actores sociales albaneses? ¿Cómo pueden negociar una temporalidad y un espacio urbano frente a esta temporalidad de la urgencia e interferencia humanitaria transnacional, con sus encasillados valores, verdades e instituciones en paquete? La lógica humanitaria y sus políticas se imponen a la lógica y políticas locales, generando una especie de "mímica" que luego es reivindicada como producción cultural autónoma, como prácticas que atestiguan un "buen comportamiento" en el camino a la modernización. La legitimidad del gobierno e instituciones locales se acrecienta en la medida que entran dentro de dicho circuito. Desde este punto de vista, podríamos argüir que las soberanías migratorias son formas de "governabilidad" que producen modalidades malignas de (des)territorialización.

Víctima, desplazado, trauma, derechos humanos, cuerpos para el mantenimiento de la paz, zonas étnicas, fortalecimiento de las instituciones, reconciliación, desmilitarización de civiles, seguridad ciudadana, perdón colectivo, construcción de una sociedad civil, y "Pacto de Estabilidad", son algunos de los términos de una paz mediatizada, una política de la compasión, un proceso de actuar y atestiguar. "Yo estuve allí, yo lo vi, y yo ac-

túe", son los ejes que constituyen el trasfondo de la injerencia humanitaria. Inicialmente fueron los militares, hoy son los civiles, y en ocasiones, los dos juntos, actuando de manera combinada en las agencias gubernamentales, ONG y organizaciones internacionales. En su calidad de voluntarios, expertos y diplomáticos, dominan la escena mundial a nombre de la emergencia y la neutralidad. Este manto ideológico de humanismo permite la circulación y movilización de circunscripciones en los países ricos, así como el reclutamiento de nuevas élites en los territorios sujetos de la acción. En estos escenarios los medios de comunicación sirven de eje a testimonios y acciones, generando un cortocircuito en los canales usuales de negociación del cambio social. El atestiguar es, aquí, un elemento central a este régimen de gobernabilidad. Es una práctica que constituye sujetos, tanto los operadores de la injerencia, cuya agencia está moldeada por la ideología humanitaria, como los que serían sus beneficiarios: los sujetos mudos cuya densa socialidad se ve reducida a leves descripciones en informes burocráticos.

El poder que detentan es muy real y se superpone a procedimientos burocráticos y a extensas negociaciones intergubernamentales. Su poder controla y genera un red propia de comunicaciones conformada por la temporalidad de la emergencia. Esta gama compleja de acciones humanitarias –que no es ni neutral ni sujeta a negociación–, genera una nueva forma de dominación cultural en territorios en transición: la cultura de la urgencia. A través de intervenciones rápidas y eficientes, las acciones de este discurso hegemónico se dan dentro de una temporalidad acelerada. Ciertamente, la urgencia en sí implica una desregulación social que requiere de un accionar inmediato sin planificación a largo plazo.

<sup>7)</sup> Appadurai, Arjun. "Sovereignty Without Territoriality: Notes for a Postnational Geography". En: Yager, Patricia (bajo la dirección de), *The Geography of Identity*, Ann Arbor, Michigan: University of Michigan Press, 1996, pp. 40-58.

La urgencia es un llamado social a la acción inmediata que supone una reorganización colectiva de la programación de la injerencia entre los actores sociales involucrados y las agencias internacionales. Cuando no sucede, entramos en un área de injerencia que sólo se puede definir como supracolonialismo, una nueva forma de dominación que pasa, a nombre de la acción humanitaria, por encima de las formas de gobernar (*governance*) preexistentes. Este supracolonialismo genera una erosión constante de la democracia, la participación colectiva y la negociación política. Efectivamente, es la cultura de la urgencia la que define este elemento reciente de gobernabilidad. Para Foucault<sup>8</sup>, naturalmente, la gobernabilidad era un concepto espacializado organizado alrededor de un territorio; la temporalidad era un actor pasivo, visible a partir de la sedimentación mecánica de las prácticas mediante las cuales se constituía un sujeto gobernable. El supracolonialismo define un régimen diferente de gobernabilidad, un régimen para el cual la manipulación del tiempo es un elemento central.

De esta manera, el despliegue completo del aparato humanitario requiere la producción de un acontecimiento, en el sentido mediático. Sin un acontecimiento de suficiente envergadura, la cultura de la urgencia –la apariencia bajo la cual se presenta usualmente el humanitarismo–, no arraigará. Podemos considerar que esto es sintomático de una era en la que la territorialidad y la soberanía se encuentran disociadas. La cultura emergente de la urgencia, junto con el proceso transnacional que genera, ejerce una presión constante sobre los individuos hacia una composición diferente. Como lo hace notar Laïdi<sup>9</sup>, la fuerza de la acción urgente radica en el llamado a la “emoción” y no a la “razón”. ¿Cómo impugnar la legitimidad de un acto que busca rescatar las víctimas de una masacre?

Sin embargo, el sentido de urgencia producido por este nuevo escenario genera una desconfianza profunda en las instituciones, que se perciben lentas y limitadas por unas burocracias (que de hecho son con frecuencia inútiles). Urgencia que suscita una relación ambigua entre la injerencia humanitaria/militar y los Estados donantes. Los “empresarios morales” adquieren una legitimidad creciente a través de la “fuerte” retórica de compasión y victimización; la red que dispensa los fondos parece estar construida pieza por pieza, sin planificación previa, totalmente en concordancia con la lógica de una emergencia a corto plazo, en lugar de un desarrollo a largo plazo.

Como resultado se ven vinculados con el espiral catastrófico que infortunadamente nos es tan conocido: 1) violaciones de los derechos humanos; 2) inseguridad alimentaria episódica que arriesga con convertirse en hambruna; 3) crisis macroeconómica con hiperinflación y tasas crecientes de desempleo; y 4) amplios desplazamientos de poblaciones, en fuga o reubicados a la fuerza como refugiados.

#### **LO HUMANITARIO COMO PRODUCCIÓN DE LOCALIDAD**

Mi trabajo de campo en Albania duró tres años. Adicionalmente, pasé varios meses con dos organizaciones internacionales, en Albania durante el conflicto y en el Kosovo de la posguerra. El tiempo que estuve involucrada en la región coincidió con el período de las agendas políticas transnacionales. Mi trabajo de campo me ha permitido participar activamente en el circuito de valores, normas y prácticas de alivio que manejan estos proyectos empeñados en desarrollar una sociedad civil partiendo de cero. Se trata de proyectos promovidos a través de informes y estudios estratégicos confidenciales que, aunque muy populares en la esfera internacional de las agencias, tienen una

<sup>8</sup> Foucault, Michel. *Dits et Ecrits 1954-1988*. París: Gallimard, 1994.

<sup>9</sup> Laïdi, Zaidi. “Le temps mondial comme événement planétaire”. En: Laïdi et al. *Le temps mondial*. Bruselas: Éditions Complexe, 1997, pp. 11-52.

menor divulgación entre las élites albanesas locales. Como resultado de la presión humanitaria, la élite local adquiere un estatus internacional que le permite reclamarse como el único interlocutor legítimo de las agencias y expertos *ad hoc*. Esta élite tiene asimismo un papel fundamental en los medios al sancionar de manera positiva, desde el comienzo, las acciones "humanitarias".

¿Cómo podemos interpretar esta amplia gama de ayuda, equipos y personal que llega a formar parte de una localidad y una temporalidad hasta entonces desconocida? He definido esta combinación de ideologías y prácticas como supracolonialismo. En un período de sólo unos pocos meses, la presencia de semejante telaraña en este "terreno de interferencia" produce –a través de estrategias con frecuencia contradictorias– nuevas formas de relaciones sociales<sup>10</sup>. La industria humanitaria se caracteriza por un tropo neutral y apolítico. Antropológicamente, entonces, comencé por investigar la vida particular en estas zonas humanitarias, examinando los efectos producidos por los hechos a medida que circulan.

El "informe confidencial" es una forma particularmente poderosa de vehicular los hechos. Es una faceta cultural clave del mundo humanitario que vincula agentes de prensa, gerentes generales, autoridades encargadas, élites locales, intelectuales y, en particular, periodistas. Quien posea, tramite o reciba un informe confidencial inmediatamente aumenta su credibilidad en el contexto social de las operaciones humanitarias. Durante la guerra en Kosovo documentos estrictamente "confidenciales" desde Bruselas, Washington, el Banco Mundial y otras entidades circulaban ampliamente en Tirana, donde las organizaciones internacionales contrataron más de 1.200 expertos internacionales partici-

pando en el mismo círculo, hombro a hombro con los corresponsales internacionales. Todos se alojaban en los mismos lujosos hoteles de la capital (Hotel Tirana y Rogner) y visitaban los mismos campos de refugiados/desplazados cerca a Tirana (el estadio y las piscinas). Alquilaron los helicópteros de los mismos operadores e iban juntos a Kukes, el mayor centro de desplazados cerca de Kosovo.

A su regreso a Tirana se reunían con los ministros albaneses y el comandante de la AFOR<sup>11</sup>. Luego se iban a tomar un café en el bar *La Piazza*, el lugar de encuentro de la joven generación de políticos e intelectuales albaneses. Allí intercambiaban datos e informes confidenciales con quienes detentaban las credenciales requeridas para participar de este intercambio internacional. Esta red de información fue constituida de dos circuitos diferentes, paralelo el uno al otro. El uno producía discursos y el otro informes. Los discursos se hacían a partir de información oral sobre la población involucrada en los eventos locales y las decisiones cotidianas que comprometían a las instituciones domésticas. Los informes diseminaban información sobre las evaluaciones internacionales de los eventos locales. Era un informe diario en torno a las estrategias internacionales de los donantes y (otras) potencias extranjeras interesadas en la estabilización.

Para la élite albanesa, tener acceso a dicha información y difundirla significaba ser identificada como grupo de presión acreditado por los circuitos internacionales. Ello fortalecía aún más su estatus y su papel como mediadores legítimos entre lo global y lo local. Lo paradójico es que los miembros individuales de la comunidad internacional, aparte de este intercambio cotidiano con la élite local, actuaban para sus propias audiencias na-

<sup>(10)</sup> Las nociones de "localidad" y "soberanía móvil" de Appadurai nos brindan las herramientas teóricas para comenzar a apreciar de manera crítica lo que yo llamo supracolonialismo. "Sovereignty Without Territoriality". *Ob. cit.*

<sup>(11)</sup> *Albanian Unitet Nations Militart Forces.*

cionales. Los periodistas, políticos y escritores locales adquieren y divulgan información con base en estrategias de los medios transnacionales, mientras los representantes de las organizaciones internacionales y los diplomáticos actúan como informantes, tanto para los locales como para sus conciudadanos. El resultado es la relocalización de una información nacional. La información circula desde la esfera transnacional –preocupada por la opinión pública de sus propios países–, hacia la esfera local, y no en sentido inverso. Aunque parece que se está informando sobre lo “local”, la localidad se convierte en receptora construyéndose así, básicamente, lo que se supone es el objeto.

El efecto de los informes confidenciales es doble. En un nivel produce un discurso sobre los locales que, al ser llevado a los circuitos internacionales, opera activamente para generar lo local. En otro nivel sus canales de circulación sirven para crear una sociedad bipolar dentro de lo local en cuyos extremos se encuentran, por un lado, las élites que exhiben un generoso acceso a la información, y por el otro, quienes son construidos como objetos pasivos de conocimiento. En este sentido podemos hablar de una máquina productora de jerarquías y flujos de poder, de arriba hacia abajo. De una parte están los sectores de la sociedad en implícita colaboración, mantenida con base en un continuo diálogo y cooperación con las agencias y sus valores. De otra parte se encuentra el sector pasivo y marginalizado de la sociedad local, que puede incluir a aquellos representantes gubernamentales que no han podido formar parte de las organizaciones internacionales. La injerencia humanitaria introduce una escisión en las comunidades locales, dividiéndolas en dos segmentos distintos.

#### **LA SOCIEDAD CIVIL INVISIBLE Y LAS CONTRADICCIONES DE LA PRÁCTICA HUMANITARIA**

En un extremo, como dije, están los ciudadanos invisibles cuya única falla ha

sido su incapacidad para desarrollar estrategias de vinculación al mundo de las agencias internacionales. En últimas, son culpables de no haber seguido el camino de la nueva economía política. Al otro extremo están la red internacional y sectores restringidos de la sociedad local. Unidos en la búsqueda de la nueva agenda política pero con querellas internas, este ejército de civiles, misioneros y soldados domina y redefine el espacio de un territorio.

Utilizando la consolidación de la democracia y de las instituciones como coartada, este ejército de la industria humanitaria construye una red de dependencia de una información privilegiada. De tal manera, las élites intelectuales y políticas locales se convierten en medio de transmisión de la información entre dos mundos con frecuencia paralelos y autónomos. Su dependencia de las organizaciones internacionales se ve enormemente incrementada cuando los medios de comunicación deciden centrar su atención en el acontecimiento, el territorio y la injerencia humanitaria. Así, por ejemplo, los intelectuales locales que trabajan para las organizaciones internacionales no son considerados “lugareños”, sino más bien actores del conjunto transnacional que representan ante los medios un sector de la sociedad cuyas características anticipan las que poseerá el resto de la sociedad “al concluirse la operación humanitaria”.

Paradójicamente, en el fluido sistema circulatorio transnacional, cuya huella es el movimiento de informes institucionales, la categoría Europeo u Occidente pierde toda relevancia y con frecuencia emergen grupos por naciones que operan como *lobbies* (expertos franceses con franceses, italianos con italianos, etc.). El flujo de información obedece a la lógica de una nueva comunidad nacional reconstituida<sup>12</sup>. Debido a que los expertos y demás trabajadores deben recopilar documentación siguiendo los parámetros establecidos por su centro de operaciones, los textos producidos por las or-

(12) Anderson. Benedict. *Imagined Communities*. Londres: Verso, 1983.

ganizaciones internacionales se asemejan entre sí. El lenguaje, la terminología técnica y el formato, todo debe acatar los "cánones" de las Naciones Unidas, Usaid, Banco Mundial, etc. Es una generalización de tropos y estilos, que revela la profunda influencia de las burocracias centrales sobre las operaciones locales. Como resultado, la relevancia de todo acto individual se sitúa al mismo nivel de sus resultados.

Si tales son las prácticas que emergen tan pronto comienza a operar la injerencia humanitaria, tendríamos que comprender cuáles pueden ser los parámetros de una agenda ética. Después de haber observado algunas de las prácticas en cuanto comienza a operar la injerencia podemos mirar las "normas de compromiso" que guían dichas prácticas. Podemos identificar tres principios básicos:

1) Toda acción humanitaria se ve legitimada por sus intenciones: nunca busca la defensa de intereses específicos pues la intencionalidad del gesto humanitario es soberana. La operación humanitaria –concebida como fin en sí–, es de por sí legítima. Su instrumentalidad sería inconcebible.

2) La injerencia suele ocurrir allí donde se presenta un repentino colapso del equilibrio existente. La acción humanitaria se construye a partir de dicha "crisis" pues de ella deduce la legitimidad de su operación. Sin embargo, la noción de colapso de un equilibrio previo es ambigua.

3) El escenario político que legitima las operaciones humanitarias es creado por la naturaleza institucional de sus actores y la necesidad absoluta de independencia política, tanto a nivel local como internacional.

En la realidad estos tres principios se ven con frecuencia tergiversados o inevitablemente socavados por el ritmo implacable de las intervenciones humanitarias. Por mucho que busque apoyar las instituciones locales el ejército humanitario con frecuencia las socava, al punto de destruirlas. Actúa según una temporalidad que no tiene en cuenta las instituciones o estrategias locales. "La virtud del príncipe" sería una descripción apropiada

de las contradicciones que entrañan las operaciones humanitarias.

Las únicas emociones legítimas son aquellas concordantes con los protocolos operativos: victimización, compasión, patologización, oprobio moral. Tales emociones refuerzan la lógica intervencionista y a su vez, invalidan cualquier análisis crítico de la complejidad de la situación en curso.

Dichas operaciones construyen redes sociales dependientes de recursos económicos y tecnológicos altamente sofisticados. Sin embargo, estas redes colapsan con la finalización de la situación de emergencia, una vez que opera el desmonte gradual de las operaciones de interferencia de la industria humanitaria.

Por medio de su intrusión en las relaciones de poder entre las instituciones y los individuos locales, la industria humanitaria genera nuevos grupos de presión, aislados del resto de la sociedad y fáciles de controlar. El escenario parece bastante sombrío: junto a los rasgos ideológicos neoliberales, el confuso llamado a la eficacia por parte de la izquierda y la derecha es pura retórica. Por esta razón considero que las estrategias, discursos e ideologías humanitarias constituyen un conjunto de prácticas supracoloniales. Entrelazan la buena y mala fe: la imagen del ciudadano sin Estado que incorpora la mejor sociedad civil posible, es una pantalla que oculta al pedagogo depredador.

## CONCLUSIÓN

Los reflectores de los medios han abandonado Kosovo y Albania, marcando el fin del "estado de emergencia" que abrió paso a las crisis humanitarias de 1999. Mediante algo semejante a una declaración de Estado de sitio, Albania fue colocada bajo tutela internacional y reconfigurada a través de las operaciones de un vasto aparato humanitario. Tras su paso, queda una sociedad segmentada en un simulacro de sociedad civil y una serie de unidades políticas que semejan los paneles de una colmena. Existe una triple lógica en la manera como se desenvuelve: primero, la temporalidad del



acontecimiento y la cultura de la urgencia; segundo, la imposición autorizada de un sistema foráneo; y tercero, la reconfiguración de las relaciones sociales locales y transnacionales.

Permítanme concluir citando a dos protagonistas de la visión futura de Kosovo. George Soros en su visita a Prístina, en septiembre de 1999, dijo: "En Kosovo necesitamos ayudar para garantizar que los esfuerzos internacionales estén bien co-

nectados con las necesidades, aspiraciones y talentos de los kosovares que trabajan por una sociedad abierta".

Por su parte, un periodista en Prístina –uno de los principales actores durante las negociaciones de Rambouillet y del Kosovo de la posguerra–, contestó que los kosovares "necesitan" ser colonizados por Occidente. El proceso de "transición acelerada" debería ser más y no menos colonizado.